

· CAPITÁN NEMO ·

LAS AVENTURAS DEL JOVEN JULES VERNE

EL FARO MALDITO



DESTINO

· CAPITÁN NEMO ·

LAS AVENTURAS DEL JOVEN
JULES VERNE

EL FARO MALDITO

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2015

infoinfantilyjuvenil@planeta.es

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

www.planetadelibros.com

Editado por Editorial Planeta S. A.

Un proyecto de Cuca Canals

© del texto: Miguel García, 2015

© de las ilustraciones de cubierta: Álex Ferreiro, 2015

© de las ilustraciones de los inventos en interior: Paco Porres, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: junio de 2015

ISBN: 978-84-08-14247-8

Depósito legal: B. 10.886-2015

Impreso por Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Impreso en España – Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. Para más información contactar a Atlantyca S.p.A. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo I

UNA SILLA CON ALMA.
LAS VISIONES DEL ANCIANO



El transporte del invento de Jules, de la tienda del señor Shian, el padre de Huan, a La Charité Nantaise, la institución benéfica donde trabajaba Marie, causó sensación. La gente se paraba a los lados de la calle para mirar el extravagante aparato que llevaban los chicos. Estaba claro que era una silla, pero ¿para qué le habían puesto aquellas imitaciones de brazos humanos en el respaldo?

Jules iba un poco cortado, porque, aunque siempre se sentía orgulloso de sus inventos, los comentarios que oía eran bastante burlones y hasta crueles.

Huan, en cambio, presumía tanto como si fuese él quien hubiera ideado y montado el invento pieza a pieza. Como la silla no pesaba demasiado y entre los dos la sostenían fácilmente, incluso podía levantar y mover de vez en cuando una mano para saludar, como si el público ocasional lo estuviera aclamando. Y a punto estuvo de ponerse a vocear las cualidades del aparato, pero Jules lo hizo callar en cuanto abrió la boca.

—Por favor, Huan, no digas nada. La silla les hace gracia y se reirían todavía más si supieran para qué sirve.

Por delante de ellos, abriéndoles paso, iban Marie y Caroline. Los cuatro, al salir del colegio, habían corrido al almacén del negocio del señor Shian, lugar de encuentro de Los aventureros del siglo XXI y donde habían construido y guardado la silla que ahora transportaban los chicos.

Días atrás, Marie les había comentado a sus amigos que algunos ancianos de los que residían en el asilo se

sentían muy solos. Eran personas cuyos parientes habían muerto ya, estaban lejos o, peor aún, simplemente no iban a verlos. Los ancianos echaban de menos las conversaciones y las comidas en familia o el dormir bajo el mismo techo que sus hijos y nietos, pero lo que más les faltaba era un abrazo cariñoso.

Al oír a Marie, Jules había empezado a pensar inmediatamente en cómo reconfortar a los ancianos y hacer que se sintieran menos solos. Bueno, en realidad los cuatro amigos se pusieron a pensarlo, pero a los demás lo único que se les ocurrió fue visitarlos ellos mismos y prodigarles durante un rato el afecto que añoraban.

La mente de Jules, sin embargo, funcionaba de una manera más complicada. Él buscaba algo que estuviera siempre a disposición de los residentes del asilo, para que no dependieran de la compasión de las visitas. Además, aquello era un auténtico reto para él. Hasta aquel momento, sus inventos siempre habían tenido una utilidad práctica, con resultados visibles; aliviar el estado de ánimo de una persona era algo muy distinto.

Estuvo muy callado el resto de la tarde, pero sus amigos le perdonaron su silencio. Se dieron cuenta de que ya estaba cavilando, y las cavilaciones de Jules siempre

acababan de la misma manera, con la construcción de algún aparato.

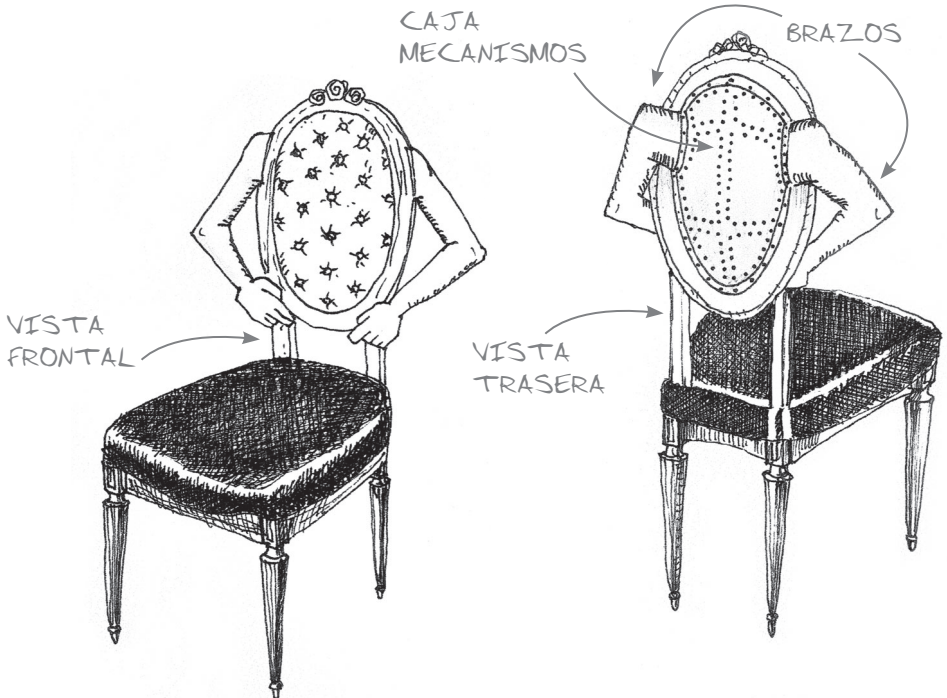
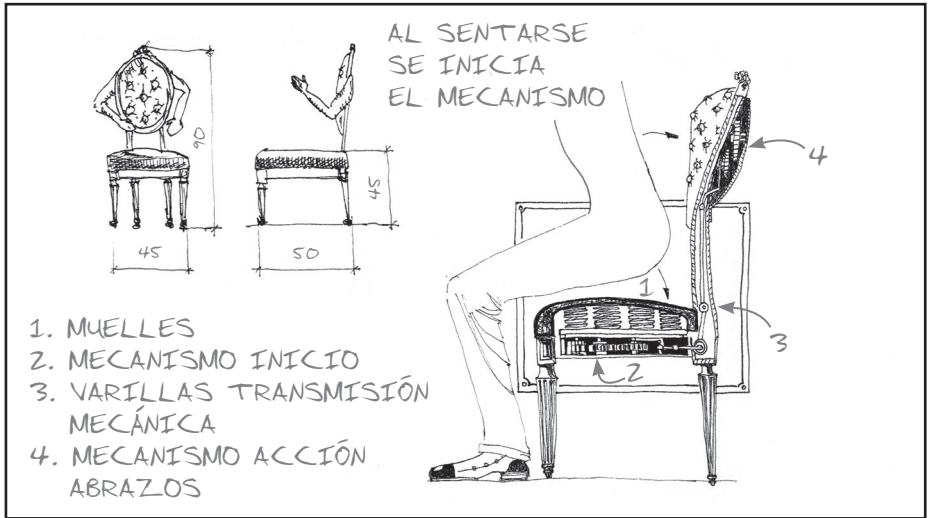
Y así fue. No aquella tarde, sino la siguiente. A las chicas, como de costumbre, no les había dicho nada en el colegio a la hora del recreo, pero tampoco a Huan en las muchas —interminables— horas de clase que pasaban juntos. Por su sonrisa enigmática cuando le había preguntado, su amigo había intuido que Jules ya tenía algún invento pensado, pero se resignó a esperar hasta la tarde.

Acomodados en las cajas de la trastienda, y después de haberse comido la merienda que les había preparado la señora Shian, Jules sacó de su cartera un par de hojas en las que había dibujado la «máquina que abraza», como la llamó. Era una silla con unos brazos mecánicos añadidos. Funcionaba cuando alguien se sentaba y se apoyaba en el respaldo, entonces los brazos se cerraban y rodeaban el torso de la persona.

—¡No, yo no quiero sentarme! ¡Me da miedo! —se opuso a gritos la anciana.

Era natural que la mujer del asilo tuviera miedo.

SILLA ABRAZOS





Momentos antes, la primera prueba con la silla inventada por Jules había sido un completo fracaso. Un anciano se había sentado con una sonrisa de esperanza en la cara y los brazos mecánicos lo habían estrechado con tanta fuerza que por poco no le rompieron algún hueso.

Jules había tenido que pedir mil disculpas y decir que era un fallo sin importancia, que enseguida lo arreglaba. Se había puesto manos a la obra y en solo unos minutos había ajustado los mecanismos. Mientras aflojaba o apretaba tuercas y destensaba muelles, Marie, agachada junto a él, le había susurrado:

—Tendríamos que haber hecho más pruebas nosotros con la máquina antes de traerla. Me siento culpable.

—Parecía funcionar perfectamente, no suponía que pasaría esto... —se justificó Jules, aunque sabía que Marie tenía razón.

Le preocupaba también que los ancianos dejaran de confiar en él. Eran ya varios los aparatos que había inventado para ellos y todos les habían resultado útiles, desde el primero, un tenedor-rascador de espaldas extensible, hasta el último, un subidor de calcetines con el que apenas había que agacharse y que había facilitado la vida a los ancianos con dificultades para doblarse.



Todos los residentes sentían una respetuosa admiración por el precoz inventor, y se la habían demostrado efusivamente aquel día cuando los cuatro amigos habían entrado en el asilo cargados con el nuevo aparato. Ninguno de los ancianos habría imaginado nunca que los inventos del joven pudieran causarles daño, pero así había sido. Jules tenía que reconquistar su confianza y, pese a trabajar a toda prisa, se había esmerado en el improvisado arreglo de la silla.

—Puede sentarse tranquila, señora —le dijo a la anciana atemorizada—. Los brazos estrecharán con menos fuerza y más despacio. Además, los podrá apartar cuando quiera levantarse, no se resistirán y volverán automáticamente a su primera posición.

En la gran sala de estar de La Charité Nantaise se hizo el silencio. El único que parecía totalmente seguro de que el aparato funcionaría bien era el propio Jules; los demás lo miraban primero a él y luego, con inquietud, a la máquina que abrazaba.

Marie tenía los nervios a flor de piel, porque se sentía responsable de todo aquello y no se iba a perdonar que algún viejecito saliera herido. Además, si el invento volvía a jugarles una mala pasada apretando a la anciana

como un forzado enloquecido, tendría que aguantar los reproches de los residentes cada vez que fuera a trabajar al asilo.

A Caroline, en cambio, le preocupaba más Jules, quien, como siempre, había puesto todos sus conocimientos y todo su esfuerzo en aquel invento. Los fracasos con sus inventos lo dejaban deprimido, preguntándose si de verdad valía para ser científico. Afortunadamente, era raro que sus creaciones no funcionaran.

Los pensamientos de Huan no se parecían en nada a los de sus amigos, ni a los de nadie de la sala. Mientras acarreaban la silla hasta el asilo, su mente había fantaseado con sacarle provecho al invento de su amigo, un provecho contante y sonante, en dinero. ¿Y si la máquina de los abrazos era un éxito y se corría la voz de que existía tal maravilla? Podrían fabricarla en serie, como ya se hacía con tantas cosas, y venderla a buen precio, hacerse ricos y... no volver al odioso colegio. ¿Para qué?

La anciana que tenía miedo de sentarse, una de las residentes más antiguas y de las que más añoraban los abrazos, clavó los ojos en los de Jules. ¿Sería sincero el chico al decir que ya no había ningún peligro? Dudaba, además, del efecto de aquellas carantoñas mecánicas:

—No son verdaderos brazos, les da igual quién esté en la silla, ellos no sienten nada...

Era algo en lo que había pensado Caroline cuando Jules les había contado su idea de la silla, por eso tenía preparada una buena respuesta:

—Pero sí lo sentimos quienes la hemos hecho. Cuando esté sentada, será como si nosotros cuatro la abrazáramos, con esa intención la hemos construido —le dijo llena de entusiasmo—. Y también puede imaginar que los brazos son de la persona que más quiere o haya querido en el mundo...

Aquello convenció a la anciana, que le hizo una caricia en la mejilla a Caroline y, ante la expectación de todos, se sentó sin vacilar.

Los brazos del respaldo se fueron cerrando en torno a ella muy despacio, al principio, rígidos como dos barras, pero luego articulándose por los codos y bajando, de forma que las manos acabaron cruzadas casi a la altura del regazo de la anciana. Había sido un movimiento suave, delicado. Casi... humano.

A la mujer se le saltaron las lágrimas. Y también a unos cuantos de los presentes, empezando por Marie, que suspiró de alivio.





—¡Ahora déjame a mí! —exclamó uno de los asilados.

—¡No, después de ella me tocaba a mí! —gritó otro.

—¡Eso no es cierto, te has colado!

La anciana no tuvo más remedio que levantarse. No le importó, ya se sentaría más veces en la máquina que abrazaba; hasta tenía pensadas las personas que la estrecharían imaginariamente.

Nada más alzarse, fue hasta Jules y le dio un sonoro beso con sus labios gordos y húmedos, que el chico aceptó un tanto desconcertado por la sensación de la saliva en la mejilla. Marie, que conocía bien los besos de la anciana —le daba uno cada vez que hacía algo por ella—, miró divertida a su amigo, para ver qué cara ponía, y sonrió. Luego les tocó a ella y a Caroline recibir los besos de agradecimiento de la señora, mientras Huan se apartaba disimuladamente para evitarla. Pero la anciana no lo dejó escapar:

—¡Huy, qué tímido eres tú! ¡Ven aquí que te dé también un beso, no seas vergonzoso!

El resto de la tarde fue una auténtica fiesta. Pese a sus escasos recursos, las monjas habían conseguido





los ingredientes necesarios para preparar unas grandes tartas. Era su manera de darles las gracias a los chicos y también de romper la rutina diaria de los residentes con una merienda especial.

Los ancianos iban sentándose por turno en la máquina para que los abrazara, y a uno, el aparato le tiró el pedazo de tarta al cerrar sus articulaciones.

—¡Pues ahora te quedas sin merendar! —le dijo un compañero.

—Eso te pasa por querer hacerlo todo a la vez —añadió una anciana entre carcajadas.

«Son más malos entre ellos que nosotros en el colegio, que siempre estamos chinchándonos», pensó Caroline con razón. Acompañaba del brazo a una señora muy peripuesta hasta la mesa de las tartas. La mujer la miraba complacida y no paraba de decirle lo guapa que era.

—Eres casi tan guapa como lo era yo a tu edad —era su mayor elogio.

Marie, que espiaba de reajo todo lo que hacía Caroline, tan ajena a aquel ambiente y con la que rivalizaba en algunas cosas, estaba sorprendida por la actitud de su amiga: parecía estar a gusto, contenta incluso, y tenía una enorme paciencia con los ancianos.



A Jules lo rodearon enseguida unos cuantos ancianos para preguntarle cómo se le había ocurrido la idea de la máquina y en qué consistían exactamente los mecanismos que movían los brazos. Eran antiguos herreros, carpinteros y obreros de fábricas que habían pasado su vida entre herramientas y conservaban la curiosidad por el funcionamiento de cada cosa. Él satisfacía con gusto aquella curiosidad —hablando de aquellos temas se sentía a sus anchas, sobre todo tratándose de un invento suyo— y ellos rememoraban por unos momentos sus años de trabajo y se sentían más vivos. Uno de los ancianos, además, le hizo a Jules un ofrecimiento muy interesante:

—Somos viejos y ya no valemos para casi nada, pero algunos todavía somos hábiles con las manos y arreglamos las cosas que se rompen aquí en el asilo. Si alguna vez necesitas ayuda para construir uno de tus inventos, cuenta con nosotros.

Marie, que se ocupaba con las monjas de repartir trozos de tarta y tazas de chocolate entre los residentes y algún que otro familiar, se fijó en un anciano que no se había movido de un rincón de la sala desde que ellos habían llegado con la máquina de los abrazos. Estaba



sentado medio vuelto hacia la pared, con los brazos cruzados y sin mirar a nadie.

Conocía a aquel hombre, había llegado solo unas semanas antes al asilo, era muy retraído y apenas hablaba, quizá por falta de confianza o porque no se acostumbraba a su nueva vida. Pensó que aquella era una buena ocasión para que confraternizara con los demás y se acercó a él. También pensó que quizá fuera una de las personas del asilo que más necesitaba la máquina de los abrazos.

—Hola —le dijo—. ¿Por qué está aquí solo? ¿Es que no quiere tarta ni chocolate? Venga conmigo, así se sentará en el aparato que hemos traído, le va a encantar.

Para sorpresa de Marie, el hombre se encogió más en la silla, se tapó la cara con las manos y gritó espantado:

—¡No, no me lleves con él, ha venido por mí! ¡Me acechan día y noche! ¿Por qué lo habéis traído? ¡Vosotros sois como ellos! ¡Dejadme vivir en paz!

Todo el mundo se volvió y lo miró con estupor. Una monja corrió hasta él para calmarlo, pero el hombre estaba fuera de sí.

—¡Sois fantasmas salidos del infierno! ¡Y ahora habéis traído esa silla para que me atrape y no pueda escapar! ¡A mí no vais a engañarme como a esos lelos!





Acudió otra monja, y entre las dos religiosas, con palabras amables, lograron que se tranquilizara un poco. Pero seguía profiriendo palabras confusas, hablaba de espectros que lo asaltaban a todas horas, que se escondían detrás de cada puerta para aparecerse cuando creía haberlos despistado.

—No me creéis, ¿eh?

Pidió entonces papel y pluma y dibujó unas formas altas, alargadas y de contorno impreciso, ondulado. De fondo, hizo muchas rayas, para sombrearlo, como si las figuras estuvieran en la oscuridad y brillaran.

—Son fantasmas. Esta de aquí es mi difunta mujer, estoy seguro, se me aparece por las noches... Susurran, siempre susurran algo que no entiendo. No son voces humanas.

Era aún pronto cuando salieron de La Charité Nantaise. El espanto de aquel hombre había puesto fin a la pequeña fiesta organizada por las monjas. Los ancianos, no obstante, siguieron en fila a la espera de su turno para sentarse en la máquina de los abrazos, sin hacer caso de los desvaríos de aquel hombre siempre callado y huraño.



Marie iba cabizbaja, contrariada por el final precipitado y amargo de la celebración, y le daba pena aquel anciano que tenía alucinaciones con los muertos. Se estremeció.

Vio entonces, sentado en el escalón de un portal, a un mendigo que conocía. La Charité Nantaise, además de alojar a ancianos sin hogar, distribuía comida entre los necesitados de la ciudad, como aquel hombre. Las monjas habían intentado acogerlo en el asilo, pero él decía que prefería la libertad de la vida en la calle. Siempre acudía acompañado de otro indigente que tenía la cara quemada y algunas cicatrices; eran inseparables. A Marie le chocó no verlos juntos.

Sacó del macuto que llevaba al hombro uno de los trozos de tarta que las monjas le habían dado para sus hermanos pequeños y se lo ofreció al mendigo. Aprovechó para preguntarle por el otro hombre.

—Hace tiempo que no lo veo —le contestó el mendigo—. Pasábamos juntos todo el tiempo, pero un amanecer, al despertarme junto al río, solo estaba su manta, él había desaparecido. No he vuelto a saber de él. Es como si lo hubieran raptado los fantasmas.

Se alejaron del hombre, pero la mención de seres

sobrenaturales aumentó el miedo de Huan, que miraba a todas partes creyendo ver en cada esquina figuras como las dibujadas por el anciano del asilo.

—¿Crees en los fantasmas, Huan? —le preguntó Marie, que se había dado cuenta de su estado de ánimo.

—Qué va, pero...

Jules y Caroline, aunque impresionados también, charlaban con normalidad, un poco para disimular.

—Pobre hombre el del asilo —estaba diciendo Caroline—, pasarse los últimos años de su vida imaginando fantasmas...

—¿Estás segura de que solo se los imagina? —le preguntó Jules, más que nada para incordiar un poco a su prima y ver hasta dónde llegaban sus convicciones.

—¡Pues claro que sí, los fantasmas no existen!

—No sé, quizá haya fenómenos que la ciencia aún no ha descubierto pero que son reales. Por ejemplo, todavía no sabemos casi nada de la electricidad.

—¡Esta sí que es buena, mi primo el gran científico creyendo en espectros! Y en vampiros, ¿también crees en vampiros? Ya me parecía a mí que a veces olías mucho a ajo. ¿Te lo untas por la noche para que no te muerdan en el cuello?

Huan y Marie se rieron, aunque no estaban muy de acuerdo con Caroline en cuanto a la existencia de seres sobrenaturales. Luego Huan se puso serio y dijo:

—Mis padres cuentan historias de fantasmas del lugar donde nacieron. Lo hacen cuando me he acostado, porque saben que a mí me da miedo. Pero algunas noches los he escuchado a escondidas. Son historias terribles, después no duermo bien. Una vez contaron que en una aldea había un hombre al que los fantasmas le arrancaron una...

—¡Calla, no quiero ni oír esas atrocidades! —cortó en seco Caroline—. ¡No son más que falsedades!

—Sí, no cuentes más, que luego yo tampoco duermo —dijo Marie.

—Os propongo una cosa —añadió Caroline—: preguntémosle al capitán Nemo qué opina de todo esto. Seguro que él tiene las ideas claras y puede explicarnos por qué la gente se inventa todas estas historias o ve visiones, como ese anciano.

Todos estuvieron conformes, pues el capitán Nemo era la persona más sensata e inteligente que conocían; así que, como aún tenían tiempo antes de la cena, se dirigieron al muelle donde estaba amarrado el *Nautilus*.